

## LA TUMBA DE KEATS

por **Juan Carlos Maestre**



JUAN CARLOS MESTRE, poeta y artista visual, nace el 15 de abril de 1957 en Villafranca de Bierzo (León). En 1982 publica su primer libro, *Siete poemas escritos junto a la lluvia*, al que seguirán, en 1983, *La visita de Safo y Antífona del Otoño en el Valle del Bierzo*, poemario con el que obtiene el Premio Adonais de poesía en 1985. En 1987, durante su estancia de varios años en Chile, publica *Las páginas del fuego* y, ya de regreso a España, *La poesía ha caído en desgracia*, libro por el que se le otorga en 1992 el Premio Jaime Gil de Biedma.

Como artista visual ha expuesto su obra gráfica y pictórica en galerías de España, EE.UU., Francia, Suiza, Chile e Italia, así como editado numerosos libros de artista en colaboración con otros artistas y poetas como José María Parreño, Amancio Prada o Rafael Pérez Estrada.

*La tumba de Keats*, su último libro, fue escrito durante su estancia en Italia como becario de la Academia de España en Roma. Con él obtuvo por unanimidad el Premio Jaén de Poesía 1999.



## LA TUMBA DE KEATS

(fragmentos)

*The poetry of earth is never dead*

John Keats

Esto sucede ante la hora izquierda en que mi vida,  
violenta juventud contra el poder de un príncipe,  
llama jauría a la verdad y belleza a los puentes derrumbados.  
Llama flor del frío a la tumba de los naufragos,  
astrolabio muerto a la nieve de los locos.  
Hornea un talco negro el hambre de la muerte,  
la edad de los sentidos, el obstinado aliento  
de la cansada luz de octubre en el baúl de abejas.  
Brota sobre esta duna blanca la vehemente hierba de las islas,  
la implacable hormiga en el blando bulbo de la boca helada.  
Con guantes de forense sale la noche verde de su estuche  
y la tempestad retumba por el otoño roto de las ánforas.  
Tiene aquí mi corazón la edad del mundo,  
el pez de piedra bajo el que los recién nacidos duermen.  
Sufre el impaciente un reloj de sol bajo los párpados,  
la aguja inmóvil como retina fría de los caballos muertos.  
Mi vida es el temblor del consternado y el indigente ciego,  
la constelación del triste en un festín de víctimas.  
No conozco otra conciencia que la oscuridad translúcida,  
la sábana de vidrio sobre la que la infernal razón se acuesta.  
Vivo separado del rumbo de las cosas, hablo el miedo  
de un heredero alzado contra el funesto monarca de las ciénagas.  
No espero nada de los dioses, nada de la memorable epidemia de sus jueces.  
Soy distinto ante el esclavo y el enano, soy el mismo suplicante y el eunuco.  
Soy el transeúnte de la atmósfera, el anhelante oscuro del relámpago.  
Oigo voces, oigo al temeroso y al anciano, sé que un caballo es un momento.  
Oigo pasos, oigo el lastimoso trueno que al perenne huérfano perturba.  
Tengo por amigo al penitente mar y al anticuado otoño,  
amo la imperturbable soledad del hombre y la confianza de los pájaros.  
Llamo inalcanzable a la distancia que hay entre dos cuerpos,  
alternativamente invado el país del fracaso y el suelo natal de la victoria.  
Fui adolescente y me envenené con lumbre, fui déspota incansable  
contra la vanidad que hastía la fiesta de los cuerpos.  
No he llegado más lejos de mí mismo que una moneda del avaro está de otra,  
considero estéril el invierno, considero el azul imprescindible.  
Me ocupo con horror de los esfuerzos que hace cada día el sol por elogiar la tierra,  
siento simpatía por el primitivo lúcido y por el débil infeliz metódico.  
Prefiero la melancolía del cobarde a la furia invencible de los héroes,  
prefiero el desamparo de los campos a la rígida ambición de los sepulcros.  
Dios está cansado de escucharnos, están cansados los hombres y los perros,  
la nostalgia es una canoa a la deriva por el río blanco de la muerte.

No me arrepiento de nada ni de nadie, la vida es un monólogo  
entre la índole extinguida de una estrella y la natural semilla.  
Mi alma crece silenciosa hacia un lugar incierto,  
allí las fieras luctuosas, allí el sicario gótico y el infortunio ciego.  
Brota el arco iris de los cálices que sostuvo Homero,  
le brota su cuerno al fauno, el eco al precipicio, su luz al cielo.  
Ésta es la frontera de mi vida, ésta la hora izquierda  
exacta en el destino del corazón de un prófugo.  
Yo iré donde tú vayas vida esquiva, en tempestad, de noche,

junto al fugitivo cazador de las lagunas, con el presidiario absuelto,  
yo cruzaré los médanos con lumbre, yo abrasaré los remolinos ciegos.  
He sido parcial con los vencidos, seguiré siendo parcial ante los muertos.  
Recuerdo de mi infancia tres peligros,  
recuerdo el mal, los ojos sin pretexto del maldito,  
recuerdo el aire que había en las palabras,  
recuerdo un sueño, su prodigio, recuerdo el asno blanco del lechero.  
He vagado por ahí, irrevocable, alegre, desmedido,  
he ofendido con voluntad a los jerarcas  
y al atónito perpetuo en su torre de herrumbre.  
Salgo de un lugar y voy a otro, me inspiran compasión las jaulas.  
No soy distinto al péndulo en la cueva ni al nadador vendado,  
mi mayor habilidad es la pereza de encontrarme con otros a menudo.  
De lo mismo que me acusan yo me acuso, jamás mis amuletos me abandonan.  
Siento ante la noche una curiosidad equívoca,  
tengo ante lo súbito un poder magnético.  
Hay un pretérito espectro que no olvido,  
hay un rumor lejano del infierno,  
hay un enigma hebreo junto al mito.  
Mi cuadrilla es inhábil para todo, nada sabe.  
Tengo un secreto según la estación del año,  
un invariable encargo desde el primer aliento.  
Me contradigo siempre, la certeza es la sombra de un delito.  
De vez en cuando me asocio con proscritos,  
encuentro a mi amigo en la revuelta, me hospedo en un lugar impenetrable.  
Sé que existe en la belleza el bosque iluminado y la mujer mágica.  
He oído la música del próspero océano y la ligera lluvia sobre el tambor de ébano,  
he oído el tímpano y el arpa en las catedrales fúnebres,  
la esquila del leproso y la irrevocable campana del jurista.  
No he aprendido a sufrir, toda severidad es inhumana.  
Yo era, yo fui lo que las manos de un padre ante la generación exhausta,  
el encomendado a la mudez, el imprudente ileso.  
Cada visión del hombre es una idea nueva que visita el mundo,  
el silbato con que un cartero festeja la imitación de Dios.  
La imaginación es una vivienda donde los herejes hacen ruido con el Apocalipsis,  
la imaginación es insalubre para las lápidas y el asiento de los agónicos,  
la imaginación hizo resucitar a Jesús al tercer día,  
la imaginación es un túnel de tierra de colores ante los ojos del topo,  
yo he visto el mundo real de la imaginación sobre la memoria de los errores,  
yo he visto al turbulento y a su ferviente amiga salvados por la imaginación,  
porque el cínico no ha ido al infierno gracias a la imaginación  
y el infame no ha entrado en el deshonor de su propia verdad gracias a la imaginación.  
Yo me revelo contigo en la imaginación como el silencio en una amante inédita,  
la conjetura indaga su resoplido entre la ruina, el árbol aborrece los valles,  
ningún cautiverio dura eternamente en la brevedad de los labios de Horacio,  
ninguna ciencia de rabinos descubrirá la amistad entre la poesía y el cielo,  
los nómades no tienen campamento sino en la periferia donde algo amenaza,  
Dante no tuvo campamento en los infalibles círculos,  
yo tengo un aposento bajo el sombrero de paja y una estera de marfil en el asilo de las nubes.  
Mi nombre no dice nada a quienes me rodean, voluntariamente combato sus síntomas.  
Concibo la memoria como el oficio de devolver a las aldeas su soberanía.  
Algunas veces la juventud es una pasión enferma que ha huido del séquito,  
su vanidad decora el orgullo como las sombras una caverna.  
Todo lo inverosímil representa una verdad para alguien,  
el unicornio es inverosímil, el ángel es inverosímil, la raya del horizonte es inverosímil.  
Lo imposible es indulgente con la maravilla,  
llamo maravilla al pez de obsidiana y al vértigo de otro abismo desde los puentes de mimbre.  
La pesadumbre escolta los intentos como el desencanto la orfandad del logro.  
El riesgo vive en el semblante de los supersticiosos, el crepúsculo tiene las manos atadas.  
El progenitor del artista es un mensajero que trae recados de la oscuridad.

En la provincia de las fábulas hay fábricas de pórfido para el ataúd de las estatuas.  
Lo contrario al fallecimiento es una sonrisa inesperada, lo contrario al glaciarse la belleza del fuego.

Todo lo inmortal admite el mediodía, el girasol hace alianza con los páramos resecos.  
El límite del hombre, el límite de la velocidad del pensamiento.  
No han sido escritas estas palabras para el conocimiento de la razón  
y no porque esa necesidad de conocer el sabor de los ruidos semánticos  
no asista como un deber al hombre y sea enfermedad de su inteligencia,  
pero el que entra en una tumba blanca y prueba el blanco y duerme sobre el blanco  
no debería ya manchar con otra elección el lugar de lo sagrado.  
Yo he entrado en una tumba blanca y he comido en ella carne brillante de pez,  
he bebido agua de cal como otros beben agua de Dios mezclada con lluvia,  
y a esa tumba la he llamado casa y he cerrado la puerta y me he quedado a vivir en ella.  
Cuando llamó el lúcido le pregunté a qué venía, vengo para saber, eso dijo.  
Cuando llegó el cobarde entró también el desconocido, traían aceite para las lámparas.  
Nadie me ha ayudado a equivocarme, yo mismo he abolido mis derechos.

Esto sucede ante la hora izquierda de mi vida,  
aquí donde Roma es una aldea de roja cal dormida bajo las rosas pútridas.  
Sientes la vibración de los metales, el hedor de los escombros y la grasa,  
aquí tras la colina del Testaccio, donde ira y dolor son ráfagas del cielo,  
donde tras las máscaras del mundo el placer convida a la belleza y la religión al vicio,  
aquí donde el que come sal pisa la alfombra de manos de la sed de un hombre  
y la crueldad del crimen vale menos que el salario de la mancha de ese crimen.  
La juventud termina, hay medallas rotas en el fondo de los sucios charcos,  
el áspero martillo de los grillos blancos que empañará la plata.  
No la probable risa de Marcel Schwob sino la muerte,  
la que destinada a desaparecer oye por última vez las Gymnopédies de Satie,  
y junto a ella el que realquilado en la conciencia moral de la casa de Pedro  
vaga junto al indiferente entre las tumbas blancas,  
allí donde el fiel ciudadano abre la arquilla de los deberes  
y se encuentra al gato de las recompensas con la presa de los silogismos del barro,  
el anzuelo de los desaparecidos que respira en las cajas sin música.  
Pero ahora esta calle no conduce ya a ningún otro lugar que no sea tu vida,  
habitas este perímetro como vencedor de la nada ocupado en el cultivo de raras obsesiones,  
rodeado de objetos cuyo imán te retiene como una oscura creencia,  
como solitario deseo al finalizar la semana en el pensamiento de los sacerdotes.

En la vida de un hombre siempre hay una mañana para la calamidad,  
una mañana regida por las multiplicaciones del símbolo y la idolatría órfica de la perduración.  
En la vida de un hombre hay almacenes llenos de objetos y maderas con insectos,  
hay tensos mundos artificiales y canales por los que discurre la sangre hasta los vasos,  
hay fósforo y sonido del delirio del fósforo,  
la respiración de un tigre y la mano del desobediente cortada,  
hay calor entre un semejante y otro y hay destrucción  
porque existe en ellos la proximidad y el imán que la ahuyenta.  
En la vida de un hombre hay zapatos usados por un padre,  
hay profundas noches que luego nos darán temor, hay cuerpos de adivina,  
cuerpos por primera vez, espantosos labios con rencor, la voz que nos conoce  
y se queda ahí mirándonos como una res moribunda en el estanque helado.  
En la vida de un hombre lo que tiene importancia y lo que no tiene importancia,  
lo que se resiste a desaparecer, la aparición de una ciudad, el cansancio de los viajeros,  
lo que favorece la ambición y lo que elogia la idea de abstenerse,  
la duda moral de una vida solitaria, el descargo de multiplicarse en otros.

Ese día vas a dejar flores a la tumba de Keats,  
y allí el centinela silvestre, el vigilante mísero bajo la lengua de los hombres,  
el que escribió su nombre en el agua como un culpable en la piedra,  
el que en su vértice vacío está tumbado hacia arriba,  
tocado por las raíces de los árboles como animal entre víboras,

el que sellado con cera abre de noche sus feroces pupilas de amante,  
el transtornado por los elementos, el jinete viudo de las luciérnagas,  
John Keats en el ácido alimento de los que escarban la tierra con el tenedor y la brújula,  
los espectadores encadenados al argumento como la verdad al suicida,  
la transfiguración de la Osa Mayor en estrella marina,  
el hilo que entra por una oreja y descifra el cautiverio de lo oído en la otra,  
el enigma de lo salvaje en la máquina del árbol,  
el agitado ciervo que cruza la campiña de un sueño donde hay sangre,  
la edad del centinela, la lengua del centinela, los ojos del centinela,  
el método de los enamorados y las nubes, el método terrestre de las catástrofes,  
lo que el hombre sabe del hombre, los frutos de la inocencia y la clave del pánico,  
lo que diserta sobre las mareas el transparente ahogado en la espiral del éter,  
lo que el turbulento de las tabernas y el descendiente de la pesadilla de Adán  
saben de la iluminación de los cinco sentidos,  
la ruina del hombre y el perfume de los burdeles, la alcoba iluminada por la lujuria.  
Oscuréceme videncia, une al condenado con el error y su coro,  
que respire frenético en su rotación de polvo, que lo abrigue el trueno,  
que lo abrigue el resplandor de las rosas, las lechuzas hijas del panadero,  
que nada hiera su atmósfera de ciego ni el carbón que en él silba.  
Venga el rayo y la boca del vaticinio del rayo con su estridente cascada de cuchillos,  
venga Jonás a sacarlo del húmedo cartílago,  
reviente en su mina el mineral, abra la llave,  
pues aquéllos son los ojos en los que llorarán los míos.

En este jardín burgués donde es la soledad nueva salud del hombre,  
el anhelo impuro que bajo la tumba finje un firmamento efímero.  
Aquí donde el prudente existe como una espiga aislada  
y anuncia en la campana sus lágrimas el ángel,  
aquí junto al molino donde la mujer y el sátiro  
intuyen su materia armónica y maligna.  
Aquí la gravedad del ávido y el júbilo del dueño  
son un mecanismo vano ante el petirrojo exacto  
y ataúd de un águila el desusado cielo de los fuertes.  
Tú sabes que no te pertenece la brevedad de esa visión,  
vuelves la cabeza, un innoble zumbido ha invadido las rosas,  
como fiebre violenta hablan las piedras el idioma del número.  
Tú conoces el desierto de rocas que incendia la saliva,  
el meteoro que ensueña con su insumiso azar los besos.  
Has visto la cuchara de acero que sostiene el cirujano ante el cráneo de la geometría,  
la belleza arruinada en las inteligentes mansiones.  
Bebes como el débil, esperas esa sed como el campesino el grano,  
la abolición del dios del sacrificio, la abolición del luto de la Historia.  
Nada puede el hombre contra su farsa inútil,  
nada la ilusión y su maleza, nada el estupor del cielo,  
nada la multitud que vive en las movedizas playas del sacrificio humano,  
la generación del mar, los descendientes de un animal sagrado,  
nada un día de armisticio al que sigue otro día de batalla,  
nada el superviviente que entra en el olvido como una antorcha que se apaga,  
nada el horadado que es órgano de paja donde concluye el viento.

Has enhebrado para la mujer que amas un collar de piedras translúcidas,  
le has dado al quejumbroso el apellido indiferente de los sacrificados,  
brilla en él el ámbar de la medicina que brota de las estaciones rojas,  
el pudor de las palabras íntimas prohibidas por el vendedor de la tristeza.  
Viene aquí el sonámbulo con sus tenacillas de madera a recortar los mirtos,  
viene a cantar su leve edad el pájaro y el caracol descalzo de los músicos,  
hace su aparición el descarnado, la muchedumbre expósita, el príncipe de Dinamarca,  
entran los músculos del hombre que degüella carneros y la mano del soñador que borda,  
entran los estigmas del parálítico y el punto de fuga que miran los atletas,  
al que afecta la bendición y el Cristo infectado con los brazos abiertos,

entra la mujer pública y la amada en la brutalidad, entra la sostenida en la flaqueza,  
el vergonzoso extenuado, el que tiene un apodo, el imposible profeta,  
se asoma otro con su cuerda, otro con su joya rubia, otro antiguo,  
llega el alucinado con su alondra, se regocija, pide migas para creer,  
pide un vestigio el que después de haber creído también va a ser cubierto de lodo,  
pide compasión el lodo por ser definitivo, pide luz el hueco por morarlo oscuro.  
Cantas, entonces tristemente cantas, dices tu oración a un mundo que se acaba  
mientras los astros con desgana giran como un lento eclipse sobre las cosas muertas,  
y el mar es un estanque de agua errante y detenida,  
y el cuerpo del amor es otro cuerpo de anegada fiebre  
y un vasto manantial de acero el ruiseñor que canta.  
Todo se extingue, todo concluye como amistad funesta,  
como estatua rota que cubriera el musgo la verdad se oculta,  
la veloz guimalda del relámpago, la codicia esquiva que ruboriza al cielo,  
la trenza de laurel, la noche compasiva  
que el soberano Amor ha regalado al pastor más viejo.  
Manso es el día de la pólvora en el corazón de un ciervo,  
benigno bajo el panteón del sol el espíritu del valle,  
los elementos que dan memoria a cada una de las horas y los días,  
la lluvia sobre Keats, la luz de oro sobre la invisible espina en su cámara de palo.  
Este es ahora mi país, madre del barro,  
un litoral inglés junto a los muros de Roma.  
Y llueve sobre Keats, llueve lo que roe invulnerable la esperanza,  
esa partícula de Dios que hace creer a un hombre en otro hombre,  
esa tumba blanca donde honra un arpa como austero fruto la juventud de un joven.  
No eres tú el vencedor que tañe el frío instrumento de los mármoles,  
no eres tú el alarido ni su plaga de miseria que infecta los suburbios,  
no eres la temprana primavera ni la araña en el fragmento del otoño.  
Eres en mí la nada sucesiva, eres el pacto entre la liturgia del templo y la cabaña,  
no la resina agónica del fuerte sino la frente indefensa y el dormido.  
Aquí el hombre elevado como una nación bajo amenaza,  
aquí el pequeño hombre sin bandera y el país sin fama,  
aquí la hierba de los cementerios y la indecisa aurora en la que los sapos cantan,  
la herida perfumada del excéntrico, el soliloquio moral de los retratos,  
aquí la efigie, la persona, la gota de rocío a la que ladra un perro.

Tal como descienden los vaticinios de Dios sobre la isla de los leprosos  
caen sobre esta antigüedad los residuos neutrales de los sueños,  
y Roma, la ciudad oxidada por la hiedra de oro del otoño,  
se inclina como una torre insegura ante el pensamiento de la catástrofe.  
Llamas vivir al terrible corazón que rueda sin otro oficio que la necesidad,  
pues así como el vacío está lleno de sollozos y de gritos el eco,  
así también tu vida al extender la mano se llena de felicidad.  
El temor donde ha residido el tímido golpea las puertas del afecto,  
la penumbra en la que ha sufrido el abandonado nombra la palabra radiante,  
la discordia se aroma con el mérito de los que se sientan juntos,  
la mujer que se prostituye junto a la hoguera de la imperfección del destino  
sumerge sus manos en el agua donde hacen ruido los deseos herméticos,  
el hombre que ronda la muralla acaricia un signo cuya fertilidad ignora,  
a esto llama locura el que en su ufano poder renuncia al vértigo de reconocerse en otro  
y a esto llama conciencia el que vinculado a otro en las afueras de algo  
funda con lo prohibido una nueva persona,  
pues también la grandeza está hecha de fragmentos y cosas usadas,  
y es en los suburbios y en las desembocaduras dichosas a donde va a dar la esperanza,  
en los terrenos baldíos donde mueren los caballos entre cardos silvestres,  
es en los lugares donde titilan de noche las tenues bombillas ante un hecho sangriento,  
donde el fuerte cierra los ojos para entrar en la levedad de los desperdicios,  
y a eso llama prodigio el que vive recluido en su ternura secreta  
y a eso llama vacío quien ignora que tras la floración de las mudas criaturas  
vela la fábula del destino su severo cisma con la muerte.

No tiene otra cosa para dar el día sino la consternada realidad que burla,  
la plenitud del mármol y la niebla, la quimera con cabeza de gata.  
Bello y mortal es el testamento del otoño en este cementerio protestante,  
mortal y bella la semejanza con que hasta aquí me guía la mujer del mecánico,  
la que ha puesto en mi mano una llave púrpura, vino de leopardos sobre la hierba fresca.  
Cierra esa llave los ojos de quienes están despiertos,  
abre esa llave las ánforas de los que son ceniza.  
Yo no quiero oírte fría lengua de los sacerdotes, voz reseca,  
yo no quiero oírte ardiente promesa del que está bajo la tierra aguardando a su amor.  
Venga a la recién nacida lápida el iniciado en el numen del diamante,  
venga el fortificado en su doble triángulo de estrella,  
venga el primer espíritu y el segundo espíritu y el tercer espíritu también venga,  
la polvareda ataviada de desierto, la nave del maestro sobre la esfera del mar suave,  
vengan los barrancos simétricos de la estratagema y la astucia,  
suban desde los abismos hondos el sagaz consuelo de los ángeles,  
el constructor de órbitas y el rutinario aduanero de los hábitos,  
salgan los bellos insectos de los algodones mustios, los asustados animales de sus cuevas,  
acudan los frágiles pensamientos del reproche humano al viviente torbellino de las fuentes,  
llegue a la ciudad soberbia un navegante humilde, gire el mundo, vibren los dioses en sus bóvedas,  
cúmplase el pan de los hambrientos, dejen de sufrir los enemigos, deje de llover sobre mi madre.  
Piedad para el que sólo imagina un punto, piedad para el que llora en las lágrimas de otro,  
piedad por el arrepentido y por el que se arrodilla sobre la oración como sobre un cristal diáfano,  
piedad por el delito que recompensará el dominio del tirano,  
piedad al siervo por la compasión al amo, piedad al amo por su perro,  
piedad al perro por su gratitud secreta.  
Aullad leyes de la justicia,  
hablad imitadores de la épica a cuyo cuidado ha dejado su conciencia el hombre,  
el dudoso poder de los trabajos dignos, el terror del que se alimenta el hierro,  
el oráculo de la temible eternidad y la incurable peste.

Ven conmigo, soy tu hijo y ahí afuera hace frío en la noche inmensa,  
óyeme desconocido, yo he regresado para verte,  
debajo de esta losa hinchado por el agua está el cuerpo amoratado de Percy Bysshe Shelley,  
al fondo de esta tumba la angustia de los faros, la barba del que gime en su tímida belleza,  
no es hermoso morir si uno es joven y el amor terrible,  
aunque no haya en todo el universo otra verdad como esta correa de verdad que nos vincula al duelo,  
aunque ríos y serpientes y burladoras fábulas,  
aunque en semejante éxtasis el emperador falaz y el ingenuo evangelista en cautiverio  
no puedan ser sino la misma nieve,  
una misma alianza entre acosados, una misma venganza entre parientes.  
Así el arte moderno de la adivinación del espíritu  
ha dejado de llamar luna a la volante esfera,  
ha dejado de llamar mérito a la aventura del rebelde,  
y eso desgasta el ánimo y equivoca al que se niega a ejecutar órdenes,  
esa costumbre confunde las edades, retrocede en sus límites el cielo,  
la noche vuelve a ser celda segura, el día vuelve a ser filo de espada,  
ningún deseo al ánimo preocupa, por todos los ríos corre el agua,  
en todas las cadenas hay un preso, ante todas las conciencias un cautivo.  
Quién eres tú que sonríes bajo el agua,  
qué grumete huérfano ante el mar que aúlla,  
qué visión retórica de un depuesto rey desnudo,  
con qué feroz orgullo enciendes este fuego,  
con qué flauta de cera entras en los túneles,  
Percy Bysshe Shelley coronado de musgo.  
Sandalias salid a los caminos a pisar la hierba seca,  
llegue a la ciudad el aterido, cante su visita el penitente coro humano,

lo que en palabras del artista, ese soberano eterno, vale lo que el polvo,  
lo que en palabras del pastor de mitos la garra del felino,  
el filamento inaudible que de una hoguera a otra une al fuego ante la incomprensión del godo.  
Mi vida brilla en la oscuridad como chatarra en los descampados,  
cerca de aquí sobre la porcelana blanca los matarifes sacrifican animales bíblicos,  
yo he dicho esta palabra para que esta palabra signifique contra otra,  
la ilustración de la muerte no defiende de esa ciega posesión al hombre,  
no premia al jardinero ni al desterrado centauro de los púlpitos,  
pero el dibujo de la muerte alumbra, hace inocuos a la serpiente y al cianuro,  
el dibujo de la muerte aleja del relincho córneo y del hisopo de metal lacónico,  
el dibujo de la muerte siega las ortigas en el corazón de Hamlet.  
Éste es el dibujo de la muerte y la figura de su semblante agudo,  
la propiedad de lo celeste en los extramuros del pontificado,  
junto a la pirámide del pretor Cayo Cestio Epulón, hijo de Lucio,  
junto al jardín comunal donde los ilegales intercambian comida, roen huesos, orinan,  
donde los que apuestan su anillo de oro ganan una taza de vidrio:  
los jugadores de naipes junto al laurel que honra a los fusilados en las Ardeatinas.  
Eso oyen los ojos del aliado con los fragmentos de la erosión,  
el que no se acuesta con ninguna mujer que no cubra su desnudez con una túnica de  
escamas,  
el hechizado por las mariposas glaciales que siguen al ataúd marino,  
el que en la república de la irracionalidad vaga entre el desorden de los monumentos,  
esculpe al fallecido su buey, siembra marihuana en los páramos,  
el invicto bajo su zócalo rupestre para quien todo es sencillo,  
el que nada sabe de su libertad y no la sustituye por lo que de ella saben los otros,  
el hombre con semblante de águila, el proceloso músico, el pintor neurótico.  
Me he perdido en la noche de un laberinto eléctrico,  
el sufrimiento ahora son los cuerpos cubiertos con cartón,  
la melancolía de los enfermos a la puerta de los hospitales, los bares inmundos,  
todo lo que la transparente ideología de los gestos llama tribu de la noche,  
la multitud indolente ante las verjas cerradas, el vapor de la pesadumbre.  
Roma y las basílicas de Roma enchapadas de oro, la alhaja de los poderosos  
contra la divinidad de los justos, el resplandor de los privilegios seráficos.  
Roma como una piedra hambrienta en el cortejo diabólico,  
los que se abrazan en la alucinación de las plantaciones de yodo,  
los que escupen sangre sobre los mismos mosaicos que besó Virgilio,  
el jardín de las hespérides donde el descendiente maya roba las manzanas de Juno,  
los que se refugian entre las ruinas y entre las ruinas vagan en busca de patria,  
los hambrientos a deshora que tras un largo viaje por toda propiedad declaran una bolsa de  
plástico,  
los que iluminados por la desesperación aguardan tras un muro al monarca blanco,  
y ésa es entonces su abundancia de bien y ése es entonces el arroz que reparten los  
dominicos la tarde del  
sábado,  
la tarde reservada a la compasión por los emigrantes del Este,  
los miserables parias que cerca del foro de Adriano aguardan la resurrección del anciano Papa  
polaco,  
el espejismo con el que se reviste la fe para sobrevivir,  
cerca de los envoltorios con que se reviste la divinidad para sobrevivir,  
Roma ha muerto y entre el desorden sexual de las cúpulas  
la sombra de Shelley es un barco del que se arrojan contra el acantilado los albaneses,  
la casta ínfima de los acosados por el hastío retórico de la justicia social,  
los comensales de las copiosas sobras, los sedientos acosados por la policía.  
Como la sustancia insomne de un cuerpo que se repone de la fatiga y considera toda ilusión  
despreciable,  
hablas el dialecto de quien ha padecido un sueño, nombras la facturación de las aves,  
ese encargo irrefutable del cielo, la extraña materia del sufrimiento hecha presagio en la  
bandada de pájaros,  
eso dices, y mutuamente están en ti el díscolo y el salvaje,  
mutuamente el cuerno de violetas blancas y el gancho en U del que penden los héroes,



en ti el que bajo la falsificación de las obsesiones visuales  
niega su placer a la comida muerta, el que llama a Eva perra capitolina,  
emperador con los ojos encharcados de mármol al apóstol de Cristo.  
Ésa la curiosidad del que nombra ante la curia la erección de Trajano,  
el que en la sala de los cónclaves declara: mi Vaticano es la tumba de John Keats,  
y considera un ultraje el propósito de la eternidad ante el que se devoran los hombres.  
Hablas, pronuncias esta bujía que ningún oyente entenderá bajo los códigos de la razón,  
pero igual que estas piedras expían su lugar en la historia  
y nadie es capaz de devolverles la semejanza de su trono perdido  
y permanecen erguidas sobre la significativa ruina de los palacios barrocos,  
recubiertas por el estigma de la noche lunar, empapadas en lo vertiginoso,  
lamidas por la felpa verde de la humedad insaciable,  
así también has de permanecer tú, inmóvil en la fisura que hacen en otro rostro las lágrimas,  
tú el indeciso que al dar dos pasos te desplazas fuera de mí y desconoces el regreso,  
tú la dificultad, la venda helada que une al místico con el romántico,  
la simpatía carnal entre la rosa de bronce y el ruiseñor que Alan Sydney Robinson oye en la  
muerte,  
esa la agilidad del fakir bajo la ganzúa de Piranesi y su cabaña moral recubierta de yeso,  
el oficio del arte para la aristocracia difunta, el hedor del privilegio feudal de los Caballeros de  
Malta,  
las letrinas donde acuña su esfinge un imperio erigido sobre la violencia,  
la posesión de los excrementos que rentabiliza la usura,  
el ácaro de la mafia sobre las alfombras de la judicatura  
y el gobierno de los mercaderes sobre los restos de la democracia.

(...)

Se aburre el hombre con el hombre, una vez más es su cabeza como un bosque dormido,  
en ella los venenos de la posesión hacen sufrir al enamorado y al cándido,  
levantan murallas altas como milenios entre su deseo y su cuerpo,  
rodean los bazares con brea de pescado, queman hojas de libros y queroseno,  
especulan, traen noticias, defienden teorías, matan lo que aman.  
Tuvimos una vez la felicidad, pero tuvimos a Wilde con su jergón de presidiario a rayas,  
tuvimos nombre de estrella, hermosos nombres de animales bíblicos,  
fuimos mujer y sol y hombre y luna, brillantes como los atunes, vivos como delfines,  
pero sucedió la vergüenza y salió el basilisco con su áspera lengua de arena,  
sucedió la muchacha muerta, el oficio de andar por ahí con una hoz en la mano,  
sucedió la anémona de pechos violáceos, en cada lugar entró el afilador filarmónico,  
entró el ruido de los escaparates rotos, entró la maledicencia en cada casa,  
las algas entraron en los cráneos de los arrojados al mar, entró la gente en las correas,  
la almeja abrió sus labios en el plato gigante, abrieron sus agallas negras los camaleones,  
alguien cogió la lámpara y la apagó, alguien anduvo de un lado para otro jadeante, con miedo,  
lo incombustible ardió, el amarillo fue un color maldito, se detuvieron los trenes,  
hacia otro lugar se pusieron de nuevo en marcha los trenes,  
las flores se cerraron sobre sí mismas, se dieron vuelta los guantes, las cruces alargaron sus  
brazos,  
pasó un día, los solitarios abandonaron la felicidad, los atónitos se juntaron con los infelices  
alrededor de una estufa,  
esperaron,  
pasó otro día, algunos empezaron a oír terribles narraciones, relatos que ofendían la verdad de  
la literatura,  
todos por separado acariciaban su nublado pedazo de cielo, juntos lo maldecían,  
la monotonía de la muerte empezó a empapar los cadáveres,  
la presencia del mal comenzó a ser disculpada más allá de las barreras del ghetto,  
de nada sirve que yo te ame, de nada sirve muchacha que yo te quiera,  
esto es todo lo que nos ha dado la vida, la memoria del que muere en otra parte,  
ahora cuando el otro es el que sufre, y es también el otro el que condena.  
Nadie llamará leña a la corteza de este árbol, nadie libro a la casa de este cuerpo,  
nadie a la Roma mortal de los escombros liturgia de lo eterno,  
nadie por más que dure la vejez del mundo ocultará su cara con las manos,

nadie al deseo que inspira el candoroso lenguaje de los hombres llamará costumbre desconocida,  
nadie que se conozca olvidará las portentosas, inocentes, primeras palabras de su infancia,  
nadie entre lo que queda de nosotros, la brizna de nosotros, la huella de nosotros,  
dirá ha dejado de llover, el exilio ha terminado, es decir, he olvidado.

Pueden de este modo girar los aros y las manecillas y el círculo de las poleas,  
pueden los astros volver atrás sobre sus órbitas, sumergirse las islas, retraer los muros sus  
cristales,  
pero aquél que alce su vista al universo, aquél con su cestillo, aquél con ramas,  
el que aún trae en sus dedos el olor de otro, la copa de los manantiales salinos,  
el que abre la botella del náufrago, el que hace arder la sonrisa del cómico,  
el errante que bajo el cielo de agosto llama a ese sitio lugar donde él quisiera vivir,  
el inmóvil sobre las superficies que llama a ese lugar tierra donde quisiera quedarse,  
el poseído por la alucinación de las brújulas, el que dice toda noche es pequeña para mí,  
el que tiene una herramienta negra, el que la oculta para no defenderse de nada,  
quien alza la mano y dice y el que no alza la mano y murmura y pone su silencio entre las  
palabras que tienen valor,  
el que hace ruido con la boca, el que asaltado por el temor de los grandes batracios se calla,  
el huérfano apadrinado por el estiércol de la oquedad,  
el hueso del exhibicionista cristiano, la fiera cismática de los teólogos negros,  
el collage de Roma tatuado sobre el torso desnudo del favorito de Adriano,  
piedra de la piedad de Roma, la conciencia de Auschwitz marcada a látigo de nieve  
a través del hambre de las diecisiete generaciones de Jacob,  
la carreta de heno, las sandalias del gran dador de la misericordia al que llaman las tribus  
Pontífice Máximo,  
los doce arrepentidos tallados en piedra blanca por el dueño de los arquetipos,  
el reloj de arena y la escuadra masónica, el cálculo perfecto del poder y la muerte,  
el que viene en nombre de nadie, el que trae cera para los mártires,  
el que trae un azafate de bronce, agua donde lavar la uña de los creyentes,  
el torpe con la barba de once días del peregrino apoyándose en su cayado egipcio,  
el apóstata con el juez a levantar testimonio del cadáver encontrado en Ostia,  
Pier Paolo Pasolini a la derecha del suspiro del Padre,  
carne de mono para las bodas del infierno,  
carne de Cristo para el delito de Estado,  
Roma blanqueada por la avaricia del asesinato,  
Roma roída por los perros de la judicatura.

(...)

Debajo de estos puentes levanta su campamento la calamidad de los pueblos,  
la bella oriental entra en su hotel, el poeta la sigue con ojos de gata,  
mi mano sostiene la espina que desangra esa rosa de carne y jardín verde,  
debajo de estos puentes mi desesperanza avienta las cenizas de los acusados,  
el que imaginó el mundo bajo la fidelidad a un juramento por la igualdad de los hombres, el  
derrocado por la ley de  
los príncipes, el que se despide de todo lo que nunca volverá a ver, entra en la muerte, abraza  
a su madre,  
el sugestionado por los antílopes, el que se apresura y es flébil, el digno de ser llorado, el que  
comparece  
sin ser citado entre los testigos del hurto, el de afectuoso semblante, el sonoro hermético y el  
aficionado a  
las estrofas yámbicas, el extravagante espía sin personaje, el irrevocable curioso de los  
acontecimientos,  
el amigo de un monje, el iracundo fantasma de los profetas, el infatigable rastreador de  
privilegios, el  
eterno cismático, el sumergido tímido y el ferviente indócil, el hábil desvalido y el involuntario  
breve, al  
que sedujo el mar, el sedentario, el que sustenta una amenaza y el que vive en un lugar  
recóndito, el

sobrevenido otro, el que retorna a su presencia y fuma para soportar hojas de cáñamo.  
Yo he besado los pies del crucificado como una hermana le besaría las manos a su hermano  
condenado a muerte,  
vivo alrededor de una fama oscura a la que llaman presagio,  
mi voz teme la voluntad de las galerías que excava el minero mientras piensa con impaciencia  
en el sábado,  
he leído el libro de las profecías, recuerdo algunas fábulas,  
todo lo que ha sucedido también a mí me ha sucedido,  
vivo junto a las raíces de la penuria con algo más de lo necesario.

He enterrado la llave que abre a un hombre al vacío  
y la llave que cierra la urna y la que no abre ni cierra nada a ésta también la he enterrado,  
ahora custodio la propiedad del olvido,  
los barrizales donde el campesino etrusco envuelto por la luz marina  
cae elemental, pura, sencillamente masacrado por la quijada de Abel.  
Esto que yo sé ahora, este conocimiento en mí del otro, esta personificación de ceniza y  
fragmento, este extremo de  
alondra y miopía en el faro, esta usura de cuerpos invisibles sustraídos a la realidad, al espacio  
de la edad  
del sueño ocupado por la posibilidad enemiga, la hora en que todas las calles del cementerio  
protestante  
de Roma, las tumbas con números múltiples del dos y las impares, todas las inseparables  
tumbas y las ya  
desaparecidas bajo el irreparable anhelo de la inmortalidad, aceptan la derrota de su tiempo, y  
siendo el  
tiempo un instrumento útil a la libertad del hombre por perecedero, y siendo lo perecedero una  
claridad  
generosa no alejada en su contradicción del futuro, veo a la vez el rayo y la golondrina en su  
breve  
atmósfera, y por encima de mí veo los cipreses como un gigante enmohecido atemorizando la  
vanidad, y  
pienso que lo irreal es esto, esta videncia de lo evidente, que apenas a cien pasos de la  
cercanía del ojo  
esté enterrado Keats y al otro extremo del silencioso y pagano jardín, a igual distancia de la  
rosa de los  
vientos y el perjurio de la inmovilidad esté la urna de piedra gris con las cenizas de Gramsci, y  
entre ellos  
la bruma de todos los mares y las estrellas voluntarias de la noche, y tras esta posesión de  
sucesiva  
solidaridad tan alejada del capricho como de la demencia, escribiera Pier Paolo Pasolini el  
duelo de su  
confidencia bajo la lluvia de un año que pudo ser el cincuenta y seis, pero esto ya no hay labios  
que lo  
cuenten.  
Puede un hombre llamar destino a esta hora en que moralmente empieza a nublarse el día,  
decirle a un dios oye dios dile a la muerte que no estoy,  
puede la mañana negarse a ser mañana, desobedecer la noche, iluminarse,  
y desde esa desnudez, más inocente el cielo y todavía más transparente la idea del  
perturbador castigo,  
puede el pensamiento de un hombre discrepar de la conciencia de ese mismo hombre,  
puedo yo ser dos, pueda el otro renunciar a la educación de sentirse culpable,  
pueda llamar idea próxima al homicidio a la cultura concebida en términos de lo rentable,  
puede consecuentemente el hombre exigir aire al aire y agua al agua,  
fundar su diferencia en la discrepancia, elegir la cobardía ante el valor del que mata,  
negarse al resplandor y a la oscuridad, llamar por su nombre al asesino,  
ahí estás clavado como un Cristo en este arenal de botellas vacías y neumáticos viejos,  
Pier Paolo Pasolini arrojado entre los escombros de una ciudad moribunda,  
entre la multitud de los silenciados a los que da su grito negro un mar de brea,  
llámese una palabra a otra por la proximidad,  
dé al día su canto el pájaro como da el otoño su color amarillo,

vuelva el dísculo hacia atrás por las aceras hasta entrar otra vez en la velocidad de su  
automóvil,  
ruede la moneda hasta la alcantarilla, se haga gota de oro en la podredumbre,  
vuelva la hora del que sobre la terrenal esfera sólo conoció la época del concilio de sombras, la  
desgracia de las  
naciones vecinas, la conspiración contra el hombre,  
regrese el que contra la furia de los contrarios se quita el sombrero ante un cerezo en flor,  
mire las inmensas bóvedas, vea en esas bóvedas la bandada de pájaros sin cielo,  
vea sobre él como granos de arroz sobre la novia una a una todas las arenas de la playa de los  
pájaros,  
el conjunto y la confabulación, la integridad y el cúmulo de todos los pájaros,  
la aglomeración y la masa, la clase y la compleja unidad de sus racimos aéreos,  
vea la centena y el millar que apiña, la pareja y la trinidad de los pájaros, la uva del pájaro  
solo,  
todos los pájaros de la alabanza, todos los gremios y las hermandades de pájaros que huyen  
de la monstruosidad y la  
redada,  
todos los torturados bajo la decencia ambigua de la religiosa democracia del cuerpo,  
los que sin nombre de pájaro poeta son su único sol, su única abrasión en los andamios, su  
único quicio en las  
madrigueras,  
uno por cada uno es el pájaro en la jaula de silicio en los callejones del búho,  
uno por cada tachado en el inventario de los chaperos de Termini asignados a la trama de la  
sospecha,  
la marcha de los ciento cincuenta millones de Maiakovski,  
atados con cuerda de bronce cada uno a su árbol, cada pigmento a su color de ala,  
acorralados en el tumulto,  
secretos en el hematoma.  
Dónde estás, bajo qué nerviosa maleza de martillos  
oyes el grito de los muchachos que juegan al fútbol,  
quién ante el infalible juez al levantar la sábana verá la faz del ciudadano,  
la pasión según San Mateo dos mil años después de Cristo.  
Llueve en Ostia, sin detenerse los autobuses pasan hacia las barriadas pobres,  
llueve en los suburbios rojos y sobre las barracas rotas,  
llueve en tu corazón y en la ciudad de Bernini,  
camino junto a ti, es de noche en los dos, un coche se detiene,  
tienes miedo amor mío, la muerte busca cerca de nosotros cuerpos jóvenes,  
con labios lentos el mar respira la escama fría de los peces muertos,  
hay deshilachadas sábanas vacías, un paño blanco sobre la hierba cubriendo el cuerpo,  
el azar nunca conspira contra la razón,  
mi pensamiento tiene una alianza con la tempestad,  
tu pensamiento se parece esta noche a esa estatua sola.  
Dónde estás, ya siempre será demasiado tarde para seguir buscando,  
tú tiembles junto a mí mojada por la lluvia,  
cruzas los descampados, sientes esa herida abierta en medio de la tierra,  
oyes el gemebundo mar como un volcán de sangre.  
Tú eres ahora la hija de la verdad,  
la que sostiene la balanza del jurista en este lugar baldío donde termina el mundo,  
en esta intemperie donde los dos vamos a desaparecer como navío en la niebla,  
como testigos de nadie en el Hidroscalo de Ostia.

(...)

No te inquiete el saber: yo no tengo ninguno,  
anduvo el caminante sobre las huellas de otros, junto a otros bebió lo que le ofrecieron,  
esta mentira de carne, este barro de rosas, la revelación de Keats: la muerte como un premio al  
final de la vida,  
ahora sus oraciones se confunden contigo en la última fila de las iglesias,  
el paño de lino donde llora María la hija de Minerva, donde llora su pertenencia a otra  
pertenencia el ángel, la brea

de pez, la llave del pez, la casa de madera, el fuego, lo que arde y lo que no arde, la severa maleta, el tímido ante el confesionario, los retratos de quien ejerció con autoridad la gula, las donaciones, la materia inteligente de los retablos, otras cosas, la monogamia y la esposa de Cristo ante el adoratorio, la música del clavecín bajo los ábsides azules, la creación del mundo, restos, cada una de las formas por las que se reconoce como poder al poder, es decir las limosnas para salvación de las almas, es decir el entreacto del purgatorio, pedazos de la justicia de dios, las indulgencias, y frente a esto los parlamentos y el poder civil de los jueces, la claudicación moral ante el hambre como un crimen de estado, la difamación como otra forma de tortura, el reparto de los excedentes, paños de fieltro y grasa de caballo, los residuos de la utopía expuestos en el mercado dominical entre los excrementos de la abundancia, el contrato social y las tablas del salario, lo que llega a mí como silbido de una boca violenta, el tajo de las autopistas sobre los valles, el ocio rumiante de los estadios, el horóscopo del temor humano para con la idea del fin, las apuestas y su moneda de oro en la boca muerta de la fortuna, esfuerzo de los días por permanecer en la vida, trabajo de los días por mantener erguida la cabeza del sol sobre las noches de Caronte, llamarás plétora de la muerte al devorador monstruoso, llamarás alud de mina a cuanto se ha derrumbado ante el conocimiento de los palabristas, y por los suelos de mármol rodarán las copas con el vino ácido que beben los campesinos después de un entierro, y la criatura que con las manos atadas a la espalda fue empujado por una escalera, alguien al que su madre ha visto sucumbir, alguien que conoce el desprecio, una bicicleta oxidada, el tapete que borda en la penumbra una mujer soltera. Todo lo que estaba previsto ya te ha sucedido y lo que no estuvo previsto también te habrá sucedido, estuviste en la utilidad y estuviste también en la renuncia, escaso negocio en ambas, estuviste en el silencio y entre las limaduras de los bulliciosos, mal ruido en las dos casas, pero a nadie contarás lo que ha sucedido al otro lado de este muro, ahora podrías vivir de ese recuerdo el resto de tu vida, pero toda visión desaparece al instante de ser justificada, como la poesía desaparece ante la explicación y los bosques celestes ante el leñador de la claridad. Más que continuar siendo querido desea el que ha sido salvado amar pues de alguna manera absuelto ya del vínculo con lo que desconoce no puede habitar en él otra pasión que no sea la de su entrega a los otros. El que agradece nombra siempre la herida de la necesidad, el que restablece el silencio da origen al murmullo, el murmullo imanta los pabellones blancos, fosforece en los tanatorios, obliga a despedirse. Pronto llegará el día en que tendré que marcharme, pronta la hora que en este húmedo jardín dirá a otro el ruiseñor su música, no sonará la nieve, vendrá la tempestad, la noche fría, se apagará en el cielo la inmóvil caravana de los astros, arderán las ilusiones y los sueños, morirá el invierno.

Queda el infeliz bajo la luz sin daño,  
queda la bondad junto a la inconsciente belleza de los débiles,  
esparcidos en la mesa quedan los retratos de familia, quedan los balnearios solitarios,  
quedan los delfines muertos en las playas, el viento vuelca los jarrones en las lápidas,

queda noviembre solo, nadie recibe cartas, nadie llamará ya nunca por teléfono,  
el loco abre la ventana, salta, el solitario abre la nevera, come,  
los ancianos se congregan en los parques, los arquitectos proyectan otros barrios,  
la muerte anda viva entre nosotros, los trenes parten a su hora,  
el policía se recorta los bigotes, el juez hipoteca otra vivienda,  
las corbatas se aprietan a los cuellos, se enroscan en su nido las culebras,  
el cónsul envía un memorandum, el delator exige recompensa,  
los periódicos publican desmentidos, el granjero poda los manzanos,  
el poeta escribe su haikú, el muchacho se pinta las pestañas,  
el notario recurre al cura, padre mi mujer me engaña,  
los días se suceden invariables, ayer es un barranco helado,  
la juventud termina, ahora resistir es ser mortales.

(...)

He ido a una iglesia ocupada por temibles hijos,  
he abandonado a mi madre, he apostado mi vida y las tres veces la he perdido,  
he dado la mano a cada palabra y cada palabra me ha dado la suya, la criatura hermosa, la  
electricidad y el granizo,  
la verdad del teatro de sombras,  
ha llegado el momento de decirnos adiós,  
se ha hecho de noche para el amigo y la amiga, ya se ha hecho de día para los elegidos en el  
desprecio, pelea entre  
pastores por la propiedad de la tierra,  
sé que la vigilia será larga y yo no tengo a dónde ir,  
si al menos tú estuvieras viva en la desobediencia de quien no ha hecho ningún pacto  
y yo pudiera acostarme a tu lado y no soñar que estoy contigo como un clavo hundido en la  
madera dormida,  
si al menos cada huella fuese un signo, una claridad de algo allí donde pisaste, un hueco de  
mar al que arrojarme,  
oh si al menos mi corazón rodase como una moneda hasta llegar a tu mano, hasta llegar junto  
a ti como el agua que  
lava tu ropa, el aire que respiras como luz que no tengo,  
si al menos yo fuese el desconocido que volviera a encontrarte y no el que se despide y  
atravesas sin mirar las calles  
y en ningún lugar fuera de ti encuentra ya refugio,  
si al menos me escucharan los vendedores de flores y los guardias de tráfico, cerraran las  
pérgolas, se detuvieran los  
automóviles, nadie fuera ya a ninguna parte y todo se negara a existir hasta que tú volvieras,  
hasta que tú amor del mundo derribaras los muros, entraras como un vendaval en los palacios,  
arrasaras con ternura  
las piedras,  
y yo te mirara hasta confundirme contigo como aire en el aire, como agua indefensa,  
y no avanzara el tiempo ante nosotros y nos entregáramos a ser antepasados, pueblos recién  
fundados, cúpulas sobre  
un lugar sagrado antes de la ruina,  
si al menos mis pasos ahora que vago perdido por los suburbios no ejercieran la mendicidad de  
explicarte, de  
exponerte al recuerdo como quien te entregara al crimen, y lo anotado aquí fuese en mi  
conciencia voz  
de lo inexpresable, luz del candelabro judío que me he colgado al cuello como un conjuro  
contra la  
oscuridad,  
si no fuese el hombre echado a perder, el violento hombre en los tugurios de la debilidad, el  
hombre hosco de las  
comarcas,  
si el que camina sobre el agua de una isla a otra se acercara un día, bebiera mi sangre usada,  
me llevara contigo,  
si en los últimos bares donde se precipita el drama y la muerte de un hombre vale menos que  
la vida de otro hombre

y la vida de una mujer menos que la vida de otra mujer, no tuviera sonido el resplandor ni boca de túnel  
el revólver,  
y si esas monedas no fuesen la desilusión de algún perdido poder al estrellarse contra los espejos y cruzaran el cristal hacia la realidad de otra visión,  
oh si este nido de alacranes blancos que tengo por almohada, esta precipitación de rocas en medio de la noche, este insomnio de feroces animales desangrados,  
si tú volvieras, conformidad de mi única riqueza, si tu aparecieras en la mano que excava, en la penuria aparecieras como gota de sangre a la que se ofrece un pañuelo.  
No he visto mariposas por aquí, no he visto la navaja del deudor, no he visto al buey mojado, he visto las manos de Giordano Bruno atadas a un palo con la correa del perro, he visto la viruta de humo, la escoria de Auschwitz más allá de la tierra, los abolidos en su figuración de personas, el molde vacío de algo, la definitiva ausencia de algo.  
Oigo el dialecto de tus pasos en las habitaciones como párpados de la carcoma, oigo la contradicción litúrgica del cielo bajo la máscara de las tribus en guerra, oigo la asfixia que estrangula al pez y sacia a los nerviosos pájaros marinos.

(...)

He pasado la tarde junto a la tumba de Keats, me he apostado ante la guarida donde la divinidad no es un ser poderoso, no he descendido a ningún otro infierno que no fuese mi vida.  
He llamado día amarillo al día semejante a un íntimo color amarillo, día imperfecto al día en que he sufrido menos que cualquier hombre.  
Alguna vez he dicho: usted es alguien que provoca en mí una súbita emoción, y ellos han detenido su paso y hemos tenido que compartir luego la ausencia de separarnos, pero aun así he convivido bajo el mismo techo con la jibia de los menesterosos y la triste benevolencia que le brota a los cuerpos tras el lenguaje de lo cotidiano, lo que da cuenta de uno sin ser más que la sombra de otro, esa vida, ese aire que respira el préstamo de las palabras con que se describe la fatiga en una cuerda de presos, el dolor de la coincidencia de dos hermanos en el mismo pabellón de enfermos, el favor del fuerte ante el abatimiento, la emoción del aliviado.  
Dichas de este modo las tres palabras que mi padre ha puesto sobre la mesa no deberían ser repartidas entre los hermanos, sino destinadas a permanecer como bobinas de hilo entre las cosas inútiles, la hebra que sostiene el peso de la memoria, el traje de franela del difunto, la carta que nunca fue abierta, dichas de este modo las palabras tienden a desaparecer como desaparece el vendaje blanco de las cumbres en la primavera incipiente.

Algún día, cuando Roma deje de ser la propia víbora de Roma, el día que las bestias vomiten en los circos la rosa de hueso de los mártires, el día que los senegaleses y los inocentes bizantinos y los que hablan tagalo duermen bajo el dorado palio de suculentas vides y mansos ciervos levitantes, el día que reconocida su condición de vírgenes impuras sean madres de un dios todas las madres, la hora en que el abominable se reencuentre en los espejos con la cara del idolatrado, la plaga del paraíso con la juventud hermosa, el negro caudillo con la estrella rosa, el día exento de penitencia, el día sin mendicidad a la puerta de un almacén de abarrotes, el día anterior del mutilado a quien le falta una mano, un pie, los dos ojos, el último día de un siglo rodeado por una fuerza azul como una manifestación por la policía, la hora séptima de quien madruga, se afeita, va al matadero, sacrifica animales, la hora duodécima del que regresa cansado, huele a excrementos y sangre,

el día del que al abrir un libro lee la palabra sogá y no ata con ella a un perro,  
el preciso instante del que al seguir leyendo ese libro oye los gritos de un soldado que va a ser  
ahorcado, se lo dice a  
otro, salen juntos en busca de ayuda,  
luego el pensamiento de ese mismo soldado: que el que tenga una moneda no se la ofrezca a  
la compasión, el que  
sienta compasión no la invierta en la ranura de la pobreza, que el que críe corderos para  
venderlos tenga  
piedad de su hija, que la hija no considere un derecho las propiedades del padre.

(...)

No podría exclamar, ante ti yo no podría compartir ya mi queja,  
noche ¿dónde estuve?, amor ¿quién fuiste?,  
no es con el lenguaje, no es con la materia con que un hombre comparte la cavidad de su  
espíritu lo que a ti me une  
y aquello que de ti en la mutilación me divorcia, sino a través de paños usados para calmar la  
fiebre,  
palabras envueltas en la vena de la quemadura, palabras blanqueadas con yeso, la borra  
blanca del albañil  
tras enlucir las tumbas, la metamorfosis del gato, la reverencia de los turistas ingleses, algo  
borroso que  
empañará las fotografías, el halo subjetivo, el diplomático exento que gime en los portales las  
madrugadas con viento,  
noche ¿quién fuiste?, amor ¿dónde estuve?,  
no respondáis vosotras palabras sin sonido, nunca más palabras sin garganta, no más raíces  
limpias de la dinastía del  
acero, duras palabras de martillo, palabras sin acento de guardián o cántaro, escarabajos en el  
fondo de un  
cesto, palabras imposibles sobre la inmensa plata fulgurante, hijas del mar, grises palabras en  
la muda  
asfixia sin balido de los peces.  
Pájaro enorme de la vida canta para mí en esta última mañana de cristal y anillo,  
sé difícil como el hilo al enhebrarse en la concha perforada y el punterol de hueso,  
la voz de Pound ronca como tormenta de piedras en los aparatos de radio,  
la violenta voz de los oscuros a quien la tempestad ha esquivado como una quilla las rocas,  
la cautela bajo la boina de la moderación, la veleta a dos dedos de la atmósfera,  
venga el extranjero en bicicleta por una línea recta,  
ruede la corona del otoño hasta el ocaso, a su frágil borde llegue el día,  
rasgue la hojalata el horizonte, salga el aliciente a brillar en la distancia,  
venga la Edad Media y la Edad Futura y la Edad de las Edades venga,  
pastos y desiertos y tierras sobre las que crece el color verde venid a ver al hombre que  
duerme: Ecce homo  
venid a ver a la mujer que se ha puesto el vestido de humo nuevo del amor,  
como agua que se precipita, como manada que se despierta, vengan Dido y Eneas,  
como verdad y belleza vengan juntos,  
porque el conjurado se ha puesto de pie y el vendaval ha abierto la puerta,  
el herido se ha quitado de su cabeza la venda, el fascista ha guardado su camisa,  
entra el mediodía en la cámara siniestra, alumbra el candelabro,  
a su fama de bondad vuelve el dador, hacia su único rostro cada espejo,  
como si a un amor le naciera otro y de cada torre surgiera una escalera  
y tú, hijo de los huérfanos, padre de un dios, viejo rey de la muerte,  
subes hasta la elipse del ardor, allí donde el hermano abandonado en los contenedores,  
el suplicante fatídico ante el cabo de vela de la misericordia,  
es círculo del hombre en las probables órbitas, heraldo de nadie en el jardín sombrío,  
el vagabundo errante en las fronteras, la promesa de un millar de años arrojada a los bidones,  
aullido arrancado del  
cuidado de la lengua, celeste muro irremediable contra el poder del cielo, sobras de materia,  
sobras  
de animal y fango para el explorador de la abundancia.



(...)

Puede la vieja madre de los hombres, la Roma enferma bajo la cal más roja, referir este viaje a un oyente ciego,  
puede mi vida entregarse a la ternura o al rencor como se abandona en un hospicio al huérfano,  
aferrarse a la casualidad como la moral del cálculo al espíritu de las matemáticas,  
puede la comprensión de un hombre que recuerda a Sófocles abrazar su tragedia, errar en la negación, saciar con  
lágrimas el féretro de Edipo,  
puede la conjura demoler el Vaticano, erigir en el lugar ficticio otra redención, cambiar paloma por murciélago,  
cruz por obelisco, opio por incienso,  
la Roma devastada y vuelta de nuevo a construir como un esencial cadáver,  
la pústula doliente, la mancha de veneno en el mantel de bodas,  
lengua con hormigas, cicatriz de bronce con el hedor de un príncipe,  
la ciudad cercada por el alambre negro de la extorsión fascista,  
la democracia pútrida como cansancio inútil al final de un sueño,  
al final de un siglo que permitió Mathausen, la vida sucia del crimen psiquiátrico  
que masacra a desconocidos en lugares desconocidos bajo causas desconocidas,  
la calamidad de sus artífices, la conformidad vergonzosa ante los responsables del drama, la adulación de los  
ancianos, los burgueses viejos, el sangriento lujo, el depositario de la rosa con cabellos grises,  
la luna  
malsana sobre los rígidos, el tiempo incansable de los presidiarios, exhausto el carcelero en su  
acomodo, cansado el palpitante en su escondite,  
fragua el vehemente corazón su fuga, su prodigiosa emboscada trama el inaudito,  
ya en la violenta luz que lo deslumbra, ya en la contemplativa luz que me alimenta,  
el espacioso aire, la extremada inteligencia de la música, la asidua claridad del día,  
lo que da al ser su vacilante inocencia de alma desvalida, éste mi único bien,  
la fábula que restituye al mundo su lugar en el hombre, el escándalo de la posteridad con  
cabeza de ángel y cuerpo  
de demonio, el repentino ruido del silencio ante la casa de la honradez.  
Poco importa, poco importa a tu amistad el método correcto,  
poco importa al método correcto la equivocación de los seres comunes si ante el tribunal de los  
vivos asume cada  
cual el lugar de su propio deseo, opta el hombre por un pez dorado, opta la mujer por otro, opta  
el  
solemne sol, la mariposa extraña, por un solo ojo opta el cíclope, eligen su color los caracoles  
negros,  
como el pájaro rezagado, como la huella de los analfabetos, como una vocal ante las  
constelaciones,  
como los cuatro elementos más la nieve y el rayo, como Adán confuso, como las manos de mi  
padre encendiendo el  
fuego,  
como viejo marinero contemplando el humo de los barcos.

Adiós Roma, adiós dolorosa luz indescifrable,  
adiós elocuente sueño, resplandor sin noche, huracán de astros,  
adiós fúnebres coronas que dormís en los eclipses, cintura de los arcos,  
adiós nublado reino del otoño, guante del revés, adiós nocturno sol anciano,  
adiós sílabas del agua, arbusto inmaterial de las estatuas,  
adiós aposento del amor, van a separarnos, adiós deseo, adiós cielo profano,  
echad la risa al fuego, cerrad la luz desnuda con candado,  
no importa ya vivir sino la vida, no importa ya morir sino lo humano,  
quién cortará la flor enferma de las calles, qué lobos viejos, qué ojos curvos bajo la ulcerada  
carne de los vivos,  
hacia qué tesoro de losas y ceniza irán los desunidos pasos del impostor y el apacible  
anónimo,  
a qué corral de palo, a qué tacto de ciudad el desterrado domador de la amargura,

oh Roma sin motivo, Roma olida por el fúnebre hocico del cangrejo, Roma desmembrada  
diente a diente,  
quién desde las grúas del entresueño, quién desde el gran miedo del forzoso mar,  
todo se traiciona, todo lo que se ama alguna vez se pierde,  
adiós estrella negra del pianista, adiós prisa de la tierra,  
la alcoba esta vacía, en vano la hipótesis del cisne junto a la carne muerta,  
en vano ya la brizna, la nube en vano, el mapa de los vientos:  
*Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua.*

Roma, octubre 1997/ febrero 1998